

Saludos protocolares

Queridos egresados: Hoy se cumple el tiempo dispuesto por la Universidad para que accedan al título de médicos. Desde hoy ya no serán más alumnos ni internos. Desde hoy son médicos.

Ustedes son llamados a cuidar de lo más valioso de toda la creación, es tanto el valor del ser humano, que para redimirlo ha sido necesario que Dios se hiciera hombre y haya muerto para rescatarnos. Él se hizo hombre para que los hombres sean dioses. A través de la nueva alianza ha restaurado al hombre y lo ha elevado a una dignidad por encima de los ángeles. Ustedes van a tratar con lo más importante de la creación, y no sólo eso, van a estar a cargo de las personas predilectas de Dios: los pobres, los enfermos, los solitarios, los leprosos, los rechazados.

Se dan cuenta, queridos jóvenes, de que van a estar a cargo de seres humanos... ellos van a colocar su confianza, su vida, la de sus hijos y seres queridos en vuestras manos. Ellos van a contarles cosas que sólo dirían a su confesor y muchos les van a contar sus más íntimos secretos, cosas que no le han dicho a ningún ser humano. Se van a desnudar sin miedo. Van a dejar que les realicen procedimientos diagnósticos y terapéuticos que muchas veces parecen torturas. Van a dejar que les abran la piel y los exploren por dentro. Van a confiar tanto que permitirán que les saquen la sangre y les paralicen el corazón para poder ser sanados. Van a dejar sus miedos y se someterán a lo que ustedes les digan. Van a tomar drogas que muchas veces tienen miles de efectos adversos, sólo porque ustedes les dan la confianza que los podrán ayudar.

Van a tener un poder sobre las personas que cualquier tirano quisiera. Y no va a ser a la fuerza, los pacientes los van a ir a buscar.

Queridos médicos, ese poder da un poco de temor. Es tanta la responsabilidad que van a tener, que muchos sienten que no es factible, quisieran algunos seguir siendo internos y que la decisión final pase por un docente. Desde hoy son sus decisiones las que influirán en los pacientes. Estoy seguro de que hoy cuentan con las capacidades para ello.

Ante tal poder está una gran responsabilidad. Ser médico significa en primer lugar reconocer a quien se tiene adelante. Descubrir que ese enfermo es, ante todo, un ser humano, un hijo de Dios. Que requiere de toda nuestra dedicación y estudio, de toda nuestra entrega, de todo nuestro corazón. Necesita que actualicemos todos los días nuestro conocimiento técnico y científico. Requiere de nuestra sinceridad para decir lo que no sabemos, buscar otras opiniones para ayudarlo, de toda nuestra humildad para reconocer cuando nos equivocamos.

El enfermo necesita que ustedes lo escuchen, él debe comprender que ustedes son sus tratantes y que no lo van a abandonar. Pueden dejarlo los amigos, el trabajo, la juventud, las riquezas, pero ustedes, sus médicos nunca lo van a dejar.

Ser médico no es tarea fácil, no es solamente saber sobre la fisiopatología, el diagnóstico o la terapéutica. Eso lo podrían hacer autómatas llenos de conocimiento sin corazón. Los pacientes necesitan de otro ser humano que los cuide, que los ame, pero que su amor sea eficaz, es decir, que sepa de medicina y como curarlos. Ciencia y caridad. Una al lado de la otra y no puede ser una sin la otra.

Es difícil escuchar cuando se está cansado, es difícil aliviar el dolor, porque uno rehúye de él. A nadie le gusta estar cerca de la muerte, del dolor y el sufrimiento. A nadie le gusta que los pacientes no lo comprendan, que sean agresivos, que no nos agradezcan y, tengan por seguro de que eso les va a pasar. Muchas veces no van a ser comprendidos por los pacientes, ya que el dolor y la soledad impuestas por la enfermedad los transforma; muchas veces no van a ser comprendidos por los familiares, incluso no van a ser entendidos por sus cónyuges o hijos cuando se entreguen por completo a su vocación. Algunas veces no van a ser comprendidos cuando, queriendo cumplir su deber, no hagan lo mismo que todos los otros, cuando cuestionen prácticas que muchas veces son inhumanas. Cuando defiendan lo que creen justo y bueno. Va a existir resistencia por parte de los que se han dejado vencer.

Ustedes, además de cuidar con todo su corazón a los enfermos, están llamados a cambiar el mundo, no a través de la fuerza y la violencia física, sino a través del amor y la verdad, que muchas veces tiene una fuerza y una violencia mucho mayor, produce mucha más resistencia entre los demás. Ustedes, custodios de la vida humana, deben propiciar un cambio que signifique un respeto por lo humano, un reconocimiento por la dignidad del hombre que implique responsabilidad, ciencia, técnica y caridad. Para esto ha sido creada esta Facultad, para formar líderes, hombres y mujeres recios, personas que luchen por el ideal del servicio a los pacientes. Ustedes son la apuesta de esta Universidad que quiere servir al hombre doliente. Ustedes son las manos de Dios que van a curar y acompañar en el dolor, la soledad y las sombras de la muerte. Ustedes son los caballeros modernos que van a darse por entero por su vocación, por su llamada. Hombres de ciencia, pero no científicos.

Una manera sencilla de poder darse cuenta de si están por un buen camino es preguntarse: ¿Haría esto con mi papá? ¿Atendería de esta forma a mi madre? ¿Le prescribiría esto a mi hermano? ¿Sometería a este procedimiento a mi hijo? ¿Llegaría tarde si fuese mi amigo? ¿Dejaría de estudiar cual es el mejor tratamiento si fuese mi abuelo? ¿Dejaría de atender el teléfono si fuese el Presidente de la República? Fuera de esta perspectiva se transformarán en hombres que practican la medicina, pero no en médicos. Incluso pueden ser llegar a ser doctores, llenos de títulos y conocimiento, pero si no aman a sus pacientes, son nada. No cumplen su vocación. No han sido formados para marcar el paso.

Parece una tarea terrible, y no los engañaré, lo es. Implica sacrificio, entrega, dedicación, más estudio que el que han tenido hasta ahora; pero aquí aparece la gran paradoja, el que sirve, el que se sacrifica, el que, en definitiva, ama, es el que encuentra la plenitud. Si vamos directamente a buscar la felicidad, se nos va de las manos, debemos desprendernos y asistir al enfermo con todas nuestras fuerzas y al final del día, encontraremos una felicidad y una paz que no pueden ser adquiridas de otra manera. Una sonrisa, una cara de alivio, una falta de miedo frente a una cirugía, una muerte tranquila, aceptada, una familia agradecida por lo que hemos hecho.

Ustedes, no lo olviden, son los custodios de lo más grande que existe en este mundo, son una elite llamada a proteger la vida de las personas, a defenderla de los poderosos, de la desidia, del horror del abandono. Ustedes están llamados a elevar al hombre, a sus pacientes, a ayudarlos en su dolor y soledad. No se dejen engañar por falsos ideales, no dejen de comprometerse y sufrir con sus pacientes por el dolor y la angustia, no

dejen de entregarse por completo al servicio de una causa justa, aunque sean incomprendidos, violentados, discriminados.

Un sello que debe caracterizar vuestro servicio es necesariamente la humildad; con el paso de los años se darán cuenta de que es poco lo que podemos hacer, son los pacientes los que mejoran con nuestra asistencia, en estricto rigor, nosotros no los curamos. Como señaló el Papa emérito Benedicto XVI en su primera Encíclica: “La íntima participación personal en las necesidades y sufrimientos del otro se convierte así en un darme a mí mismo: para que el don no humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona. Éste es un modo de servir que hace humilde al que sirve. No adopta una posición de superioridad ante el otro, por miserable que sea momentáneamente su situación. Cristo ocupó el último puesto en el mundo —la cruz—, y precisamente con esta humildad radical nos ha redimido y nos ayuda constantemente. Quien es capaz de ayudar reconoce que, precisamente de este modo, también él es ayudado; el poder ayudar no es mérito suyo ni motivo de orgullo. Esto es gracia. Cuanto más se esfuerza uno por los demás, mejor comprenderá y hará suya la palabra de Cristo: «Somos unos pobres siervos». En efecto, reconoce que no actúa fundándose en una superioridad o mayor capacidad personal, sino porque el Señor le concede este don. A veces, el exceso de necesidades y lo limitado de sus propias actuaciones le harán sentir la tentación del desaliento. Pero, precisamente entonces, le aliviará saber que, en definitiva, él no es más que un instrumento en manos del Señor; se liberará así de la presunción de tener que mejorar el mundo —algo siempre necesario— en primera persona y por sí solo. Hará con humildad lo que le es posible y, con humildad, confiará el resto al Señor. Quien gobierna el mundo es Dios, no nosotros. Nosotros le ofrecemos nuestro servicio sólo en lo que podemos y hasta que

Él nos dé fuerzas. Sin embargo, hacer todo lo que está en nuestras manos con las capacidades que tenemos, es la tarea que mantiene siempre activo al siervo bueno de Jesucristo: « Nos apremia el amor de Cristo »”.

Quiero terminar estas palabras mirando a vuestros padres, ellos son el testimonio vivo de lo que el amor es capaz de hacer por los hombres. Ha sido su sacrificio y su esfuerzo el que los ha convertido en lo que hoy son. Es el amor el que puede transformar a las personas y configurarlas como seres libres, capaces de darse a los demás. Si quieren ver lo que permite el amor mírense, vean de lo que son capaces hoy, porque alguien confió en ustedes, muchas veces a pesar vuestro; miren como fueron tratados, como fueron perdonados, asistidos, acompañados en su dolor. Como vuestras madres y padres cuidaron su sueño y les asistieron en la enfermedad y también en la alegría. Estimados padres vean el fruto de vuestro amor y entrega.

Queridos médicos a esto los invito, nada más y nada menos que a amar con todo el corazón a sus pacientes. A sacrificarse por ellos, a protegerlos, a elevar al hombre y colocarlo en el sitio que le corresponde.

Que Jesucristo, el Señor de la vida, los asista en esta misión y que María Santísima, protectora de la Facultad de Medicina, los acompañe siempre.

Muchas gracias.

Dr. Marcelo Lagos Subiabre
Decano Facultad de Medicina
UCSC